

APUNTES SOBRE EL DOCTORADO DE SANTA TERESA DE JESÚS.

II.

“Si pudiésemos colocar sobre la tumba de nuestra sabia virgen Teresa de Jesús el glorioso título de Doctora en el tercer centenario de su preciosa muerte, habríamos llenado uno de los deseos más vehementes de nuestro corazón, y la Santa, que es extraordinaria en todo, como acabamos de apuntar, lo sería en esta aureola de Doctorado, pues si ahora brilla en el esplendente cielo como Santa, brillaría asimismo entre los Doctores.

Esto decíamos en el artículo del pasado mes, al probar que santa Teresa de Jesús era gran Santa, y esto repetiremos en los sucesivos, dirigiendo a este fin nuestros humildes esfuerzos.

Hoy vamos a indicar que Santa Teresa de Jesús no sólo tiene santidad heroica, sino también doctrina eminente.

Todo lo que los sabios y Santos han dicho en alabanza de la sin par Teresa de Jesús está compendiado, digámoslo así, por la Iglesia en la oración de la Santa, en la que llama celestial a la doctrina de santa Teresa de Jesús y pide a Dios que todos sus hijos sean alimentados con el pábulo de esta celestial doctrina. ¿Puede decirse cosas mayor y de más grande alabanza en favor de una doctrina? Verdaderamente repetimos que si en todo es extraordinaria santa Teresa de Jesús, lo es más por su celestial doctrina.

Divinos llaman los Auditores de la Sagrada Rota a los libros de la gran Teresa. “Dios, prosiguen dichos Auditores, han dado a su Iglesia a la virgen Teresa de Jesús como Maestra de espiritual doctrina.”

“Que santa Teresa de Jesús, añaden, haya tenido la gracia de la sabiduría, esto es, conocimiento sublime de las cosas divinas y humanas para enseñanza de los demás, lo convencen los libros que han dejado escritos, cuya doctrina es aprobada y loada comúnmente como verdadera, católica e infundida por Dios ¹.”

El papa Gregorio XV en la bula de canonización de la Santa dice estas magníficas palabras: “Llenóla el Señor a santa Teresa de Jesús del espíritu de inteligencia, de modo que no sólo dejó en la Iglesia los ejemplos de buenas obras, sino que la regó con la lluvia de su celestial sabiduría por medio de los libros de mística teología llenos de piedad; de cuya lectura los fieles reciben ubérrimos frutos de salud, y son excitados sobremanera al deseo de las cosas celestiales².”

Con las mismas palabras, digámoslo así, ensalza la Iglesia la sabiduría de la Santa en la lección y del oficio de su día³.”

Después de los elogios que la Iglesia, columna y firmamento de toda verdad, tributa a la doctrina de santa Teresa de Jesús llamándola *celestial, divina, católica, verdadera, infundida por Dios*, etc., ¿quién podrá poner en duda que Teresa de Jesús no sólo es extraordinaria por su santidad sino también por su doctrina?

Tras estos elogios inútiles parecerá todo trabajo por amontonar autoridades que confirman la verdad de la eminente doctrina de la gran Teresa. No obstante no queremos dejar de apuntar algo de lo que la Santa misma, de cuya veracidad nadie podrá duda, ha dejado escrito a favor de sus libros o doctrina.

¹ Libris plane divinis...meritoquem Teresiam praedicant quasi spirituLIS doctnae Magistram Ecclesiae a Deo datam... Cumigitur Deus misericors Bestam Teresiam Ecclesiae ilumimandae et pietati augendae destinaverit, omnino sentiendum videtur Deum ipsum et illam prius excellenter illuminasse et sanctitate insigni decorasse...(Art.2).

² Adimplevit cam spiritu intelligentias, ut non solam bonorum operum in Ecclesiae Dei exempla elinqueret, sed et illam coelestis sapientia imbribus irriqibus fifelium mentes uberrimus fruvtus percipiunt, et ad supernae patriae desiderium máxime excitantur... Dominus ad tantum opus peragendum abundanter implevit Beatam Teresiam spiritu sapientiae et intellectus, et thesauris gratia sua adeo illustravit ut splendor ejus, tamquam stella in firmamento, fulgeat in domo Dei in perpetuas aeternitates.

³ Multa coelestis sapientiae conscripsit, quibus fidelium mentes ad supernae patriae desiderium maxicitantur.

Quod habuerit Beata Teresa sermonem sapientiae, hoc est sublimem cognitionem rerum divinarum et humanarum ad aliorum auditionem, stis docent libri quos scriptos reiquit ..., quórum doctrina, tamquam vera et católica et a Deo infusa, communiter ab ómnibus est approbata et laudata...

En el capítulo XXXIX de su Vida, escrita por mandato de sus confesores, dice: *Muchas cosas de las que aquí escribo, no son de mi cabeza, sino que me las decía este mi Maestro celestial. Y porque en las cosas que yo señaladamente digo, esto entendí o me dijo el Señor, se me hace escrúpulo grande poner o quitar una sola sílaba que sea; así cuando puntualmente no me acuerda bien todo, va dicho como de mí, o porque algunas cosas también lo serán, no llamo mío lo que es bueno, que ya se no hay cosa en mí, sino lo que tan sin merecerlo me ha dado el Señor; sino llamo dicho de mí, no ser dado a entender en revelación.*

Pero se alarga demasiado ya este artículos, y continuaremos en el número próximo.

E. de O.

DESDE LA SOLEDAD.

TODO SE PASA.

Meditando estábamos en nuestra deliciosa soledad sobre la inconstancia de las cosas y de la vida humana, sirviéndonos de tema lo que dice nuestra Madre: "Todo se pasa, Dios no se muda;" cuando llegó a nuestros oídos la muerte alevosa del gran Emperador, que tenía en sus manos el poder temporal y espiritual sobre muchos millones de súbditos, y que, quizás oyendo la voz de sus antepasados, aspiraba a la dominación universal de Europa.

¡Lo que va de ayer a hoy! nos decíamos.

¡Ayer tan respetado o tan temido, tan rico y poderoso Emperador! ¡y hoy cadáver yerto que causa horror y espanto contemplarlo!!

¡Lo que va de ayer a hoy!

Ayer dentro de aquel cerebro bullían tal vez ideas o planes de conquistador todo el mundo y reunirlo bajo su cetro; y hoy no puede moverse del ataúd, ni siente, ni oye, ni ve.

¡Lo que va de ayer a hoy!

Ayer soñaba con la dominación universal, y hoy está oprimido de todas las miserias... ¡Qué desencanto! ¿No es verdad, lector querido, que podemos decir con toda verdad: Todo se pasa?

A vista de la muerte alevosa del gran Emperador de Rusia, ¡qué bien viene recordar a los reyes y poderosos todos e la tierra; *Et nunc reges intelligite!* ¡Oh reyes! entender que todo se pasa...

Y lo mismo pasa una vida sembrada de buenas obras, o salpicada de sangre humana. Todo se pasa.

Seis veces habían intentado darle muerte a este gran Emperador; y por fin ha sucumbido a manos de los enemigos de Dios y de los tronos. Los que levantan por divisa: "guerra a Dios," de rechazo han de declarar guerra más o menos franco a todo lo que lleva alguna representación de Dios, como es toda autoridad, porque agentes de Satanás han de rebelarse contra todo lo que se levanta o se dice de Dios, como obsesa san Pablo.

¡Ay que se han sembrado muchos vientos hace algunos siglos, y parece ser llegado el tiempo de recoger tempestades!

¡Ay que mientras duermen los amos que más debían vigilar el campo del buen padre de familia, el hombre enemigo siembra la mala cizaña que ha de ahogar el buen trigo!

¡Ay que mientras los vigilantes y custodios de la verdad y de la justicia descuidan o desprecian este cargo, se conciertan en secreto los malos, los enemigos de todo orden y vedad para aniquilarlo todo!

El hombre enemigo hace esto. ¡Y no se le teme!! antes para evitar sus iras parece quieren pactar con el conciliación y buenas relaciones... ¡Que insensatez!

¡Ay que mientras los poderosos del siglo, los potentados de la tierra se coligan para hacer guerra a su Dios y a su Cristo, para atar la manos del Vicario de Cristo y encarcelarlo; los hijos de perdición se conciertan y se conjuran para destruir a todos los que mandan.

¿Cuándo entenderán los que deben entender estas cosas y obrarán según conciencia?

Mas Dios no se muda. Esto nos consuela y abre el corazóna dulcísimas esperanzas.

Todo sepas, es verdad. Vi al impío exaltado como los cedros de Líbano, pasé y ya no era; había pasado.

Como la flor del campo que hoy es y mañana no parece, así toda la gloria de mundo.

Pero Dios sabio, que dirige todo lo que pasa; Dios justo, que castiga todas las iniquidades; Dios santo, que detesta toda maldad; Dios eterno, que espera con paciencia; Dios misericordioso, que castiga con medida; este Dios nuestro no se muda.

Causaba grandísimo consuelo a nuestra Señora Doctora el pensar que el reino de Dios no tendrá fin, porque no se muda.

En las mudanzas, pues, de las cosas hermanas, fijemos nuestra vista en Dios que no se muda. Cuando nuestra cabeza parece va a verse dominada de un vértigo por la mutabilidad y trastornos de las cosas del mundo, levantemos nuestra consideración al centro de toda verdad, a Dios eterno que desde su trono excelso lo domina todo, lo dispone todo, lo ordena todo a su mayor gloria y al bien de sus escogidos.

No sabemos darnos cuenta muchas veces de los que pasa, pero sabremos darnos cuenta de la bondad de las divinas disposiciones, porque Dios no se muda.

Tengamos fe viva que hace alcanzar las cosas grandiosas de Dios. Oremos y esperemos, que hemos de ver grandes cosas este año.

Acordémonos, para avivar nuestra fe, que aun que todo se pasa, Dios, que ordena todo lo que pasa, no se muda.

La oración nos alcanzará esta firmeza, y la perseverancia en ella el cielo, donde nunca pasará la verdadera dicha, sino que será eterna como Dios; donde nos veremos todos los que perseveremos en la oración, como nos asegura nuestra Seráfica Madre santa Teresa de Jesús y vuestro mejor amigo.

El Solitario.

AL PIE DE LA CRUZ,

Dedicada a mi querido y desgraciado padre.

Jesús mío, aquí postrada
Al pie de tu cruz bendita,
Hoy me alma dedolada
Tu triste Pasión medita.
Alzo los ojos, y al verte
Clavado en tan vil madero...
¡Ay! ¿y por qué de tal suerte
ahí estás, manso Cordero?
¿Por qué, di, tan cruelmente
te maltratan con furor,
cuando las venido inocente
a salvar al pecador?
¿Así se ultraja tu nombre?
¿así te ponen, Señor?
¡Así te paga hoy el hombre
Las dulzuras de tu amor!!!...
¡Tu cabeza han taladrado!
¡Te han rasgado el Corazón!
¡Tu Cuerpo está destrozado!
¿Por qué tanta humillación?
Tus manos y pies clavados
También en la triste insignia:
Tres clavos allí hay pasados.
¡Dios mío! ¡cuanta ignominia!
Veo tu sangre bajas
De esas heridas al suelo,
Y oigo a mi Madre exclamar
Allá en la región del cielo:
“¿Y habrá en la tierra criatura,
que al verte en la cruz clavado,
en su triste desventura
no se sienta consolado?
Clama así santa Teresa,
Porque ella en tribulación

Y en estrecha cárcel presa
Meditaba la Pasión;
Sintiendo tan gran consuelo
Cuando a Jesús contemplaba,
Que se creía en el cielo
Allí donde presa estaba.
“Sufriendo supe apreciar
el mundo y la eternidad,
meditando sin cesar
de Jesús la Humanidad.”
“Sobre mi pecho estrechaba
la cruz de la Redención,
porque Jesús me alentaba
en la lóbrega prisión.”
Y aquella tan *ruin mujer*
(Como ella se decía)
Jamás sintió el padecer,
Porque en Jesús padecía.
Aprendamos las lecciones
De nuestra Santa querida,
Aquí en las tribulaciones
De esta miserable vida.
Nos dice que meditemos
De Jesús la Humanidad.
Donde siempre encontraremos
La santa conformidad.
Por eso cuando mis ojos
Fijos en esa Cruz sagrada,
Postrada a sus pies de hinojos,
me siento ya consolada.
Y al mirar su pura luz,
Este mundo ¡horror me inspira!
Solo hay verdad en la cruz...
Todo lo demás... ¡mentira!

L. B. Y S.

Alicante, 2 de Abril de 1881.

¡Viva Jesús y su Teresa!

CARTAS SOBRE LA EDUCACIÓN DE LA MUJER.

II.

Mi querida Teresa: No extrañes mi prolongado silencio. Son tantos los quehaceres que se han amontonado en estos tres meses sobre mí, que ha habido días que me he visto forzada a exclamar al verme agobiada con tanta barahúnda de negocios, como la gran mujer e incomparable heroína Teresa de Jesús, aunque no con su espíritu.

¡Ay! ¡qué larga es esta vida!
¡Qué duros estos destierros!
¡Esta cárcel y estos hierros
En que el alma está metida!
Sólo esperar la salida
Me causa un dolor tan fiero,
Que muero porque no muero.

Pero en cambio te prometo resarcir con creces mi falta involuntaria en los meses próximos, Dios queriendo. Porque, amiga mía, cada día me voy más convenciendo que quien sea dueño de la educación será dueño del mundo, que es la única cosa o la más principal que debe llamar la atención de todos, en especial de los padres de familia y de los gobernantes. Aunque no fuese por otra razón que por el empeño que ponen los malos en apoderarse de la educación de la niñez y juventud, deberíamos movernos a procurarla buena a todos a costa de todo sacrificio. Por eso he recibido gran placer al ver tus buenos propósitos, y tus elevados deseos, que voy a satisfacer en cuanto de mí dependa.

Mi intento es formar la mujer según el tipo o modelo que nos ofrece la sin par Heroína española, Milagro de su sexo, Virgen y Madre espiritual fecundísima, la gran Santa, la gran Mujer, la incomparable Sabia, Teresa de Jesús. Creo que en sus ejemplos y sus enseñanzas hallaremos el más acabado modelo de la mujer fuerte, que desea el más sabio de los reyes.

Como no quiero, por otra parte, que se nos tache de ligeras, antes al contrario, deseo que las que se formen en la escuela del Corazón de Teresa de Jesús, el mejor tipo, como decía, de la mujer católica y española, no se conduzcan por el corazón, que raras veces es buen consejero, o por las impresiones del momento, sino por principios fijos; de ahí es que voy a dar comienzo a mis trabajos sentando los principios generales y particulares de la perfecta educación.

Estos principios generales serán los fundamentales, las bases de este soberbio edificio llamado educación, el cual sin ellas no podría de ningún modo levantarse. Además serán tu mejor guía, y como un faro luminoso en esta noche de tinieblas del siglo actual, que te guiará con seguridad en el cumplimiento de tus deberes maternos, asaz difíciles y trascendentales.

No impresiones sensibles, sino razón y moral, exige el más grande genio del siglo actual, nuestro inmortal Balmes.

El primer principio de la verdadera educación es el siguiente:

La educación debe ser o es esencialmente religiosa, de modo que sin religión no es posible la verdadera educación.

Más fácil es fundar una ciudad en el aire que fundarla sin religión, decía Plutarco. Y lo mismos podemos asegurar de la educación.

Emprender la educación de la juventud sin la base de la religión es pretender fundar un soberbio monumento sobre el vacío, sobre la nada.

Los legisladores de todos los pueblos han reconocido que no podían dar sanción más eficaz a sus leyes que la sanción religiosa.

Montalembert decía en uno de sus arranques en la Asamblea nacional (17 de Enero de 1850): “Y bien: nosotros queremos proponer el remedio al actual de casas, y el remedio es hacer entrar la Religión en la educación... el remedio consiste en la educación religiosa.”

“Un plan de educación pública fundado sobre las dos bases de la moral y religión encierra el primar elemento de estabilidad y grandeza.” (Mr. Beugnot, 6 de Octubre de 1849).

“Ya es tiempo que las teorías desaparezcan delante los hechos. No puede haber buena instrucción sin educación, buena instrucción sin educación, buena educación sin religión. Los profesores enseñan en el desierto, porque imprudentemente ha profesores enseñan en el

desierto, porque imprudentemente han profesado que no se ha de hablar de religión en las escuelas.” (Portallís).

Así vemos que en todas las naciones los legisladores aparecen en conminación con la Divinidad. El pueblo de Israel en tiempos de Moisés y Josué era gobernado por los caudillos, como ministros de Dios. Los gentiles fingirán en Roma, Atenas y Lacedemonia que comunicaban con la Divinidad, y el islamismo todo entero descansa sobre la intervención de Alá y de su profeta.

¡Qué fuerza, pues, no tendrá la educación fundada en las verdades religiosas! Por eso se ve que todas las personas que han sido educadas religiosamente son las que conservan mejor los frutos de la verdadera educación.

Porque, amiga querida, la educación y la religión no tienen otro fin que perfeccionar al hombre, todo el hombre. Así como la verdadera Religión se dirige al espíritu, al corazón y a los sentidos, la verdadera educación es la que cultiva a la vez el hombre moral, intelectual y físico.

Hay, pues, una dependencia recíproca, una identidad real entre la religión y educación. Nace de una misma fuente, corren parejas una y otra. De modo que la religión, en su acción general, debe ser considerada como la educación general de la humanidad; y la educación en su acción particular no puede ser más que la religión aplicada a cada individuo.

Donde impera la religión católica se encuentra al mismo tiempo lo que constituye el fondo, la base de toda buena educación, que es el respeto. Hasta los mismos protestantes lo reconocen. El celebre Guizot afirma que el Catolicismo es la escuela más grande o perfecta del respeto. Y este sentimiento jamás penetra en ningún corazón que no vaya acompañado de alguna perfección o perfeccionamiento. Si repetimos sin cesar a los niños que la autoridad de los padres, maestros y superiores es la autoridad misma de Dios, ¿no se reviste esta autoridad del carácter más augusto y poderoso?

“Si el respeto filial, es de naturaleza religiosa, las dificultades de la educación se allanan y casi desaparecen”, dice la Sra. Necker. Véase, pues, amiga mía, cuan mal hacen los que tratan de desterrar o en hecho destierran la Religión de la educación. Con esto lo que logran exclusivamente es falsear o descubrir la destrucción, formando una generación semisalvaje.

¿Me preguntas por qué tus hijos necesitan de educación? Y te diré, amiga mía, que es porque necesitan ser perfeccionados. Dios creó al hombre recto, lo creó a su imagen y semejanza; pero el hombre se torció y cayó, apartándose del bien verdadero, que es Dios, para inclinarse a la criatura.

Endereza esta torcida inclinación, levanta al hombre de su caída, tal es el deber y el fin de toda educación.

Bien lo sabes tú, mi buena amiga, lo que fuimos y lo que somos, y si alguien nos es molesto y nos sirve de continuo ejercicio de paciencia, es sin duda nuestro pobre corazón. Vemos lo mejor, lo aplaudimos, y no obstante abrazamos en la práctica lo peor.

“Somos más incomprensibles sin misterio de la caída o culpa original, ha dicho un escritor, que el mismo pecado original.” Por eso no des oídos a los pedantes que no cesan de proclamar el progreso, la perfección del hombre. Se conoce que los tales no han sondeado su corazón. Pongan la mano en el pecho, y la sacarán cubierta de lepra.

¿A qué, pues, deben dirigirse todos los esfuerzos de la educación? A mejorar el niño o la niña, a levantarlo de su degradación nativa, a reformarlo según el tipo o modelo más perfecto, a restablecerlo en sus relaciones con Dios, con el hombre y consigo mismo; a obrar un cambio saludable en sus sentimientos, ideas, hábitos, etc., tal es el deber inmenso de todo maestro que educa a los niños. ¿Cómo hacerse esto sin intervenir la influencia de la Religión? Imposible. Mas concedamos que la Religión es la que dirige la educación, y todo esto os lo hallareis hecho. La Religión ilustra las inteligencias con la verdad de sus dogmas, dirige la voluntad por la autoridad de sus preceptos, purifica el corazón por la unción misteriosa de su gracia, refrena las pasiones, destierra los vicios, y con esto el niño se dirige hacia el bien perfeccionándose.

El hombre, pues, será más feliz cuanto sea menos imperfecto, y en su consecuencia la mejor y mas verdadera educación es la que le libra con más eficacia y prontitud de sus defectos y le vuelve más semejante a Dios que le ha criado, y por consiguiente sólo la Religión puede dirigir al niño a esta perfección divina.

¡Oh!, amiga mía! La inteligencia del niño tiene apenas una luz vacilante y muy insegura, ¿qué faro habrá, pues, más luminoso y seguro para dirigirle que el de la luz de la fe? Anda el

niño en un mar tempestuoso, ¿a qué puerto más seguro y hospitalario podemos dirigir su corazón que al seno mismo del más amoroso Padre, que es Dios?

En resumen, mi estimada amiga, el deber, el fin primordial de la verdadera educación es levantar al niño de la degradación del pecado original, perseverarlo del contagio del vicio, hacerle triunfar de sus malas inclinaciones, proteger su inocencia contra las seducciones del mundo, excitar en su corazón el amor del deber y el sentimiento de la virtud; conservar o dar a sus facultades morales toda su pureza, toda su energía, o para que lo diga en una sola palabra, el fin de toda verdadera educación es formar a Cristo Jesús en la inteligencia y en el corazón de la niñez, perfeccionar su borrada o afeada imagen por el pecado.

Pero me hago ya pesada, y esto merece ser tratado con alguna detención.

A Dios, Teresa, querida mía. Él te guarde tan santa y perfecta como le pide todos los días tu mejor amiga,

Lorenza.

Abril de 1881

LEYENDA TERESIANA.

XIV.

Mas no parece sino que al tratarse de descubrir los hermosos sentimientos del corazón de Amelia, embebecidos en su belleza, nos hayamos olvidado de su buena y cariñosa hermana Lucila, la cual, si bien es cierto que gusta como gustaba a la sazón de vivir olvidada de todos, nosotros sin embargo no estamos dispuestos, ni podemos estarlo por ahora, a darle gusto en esta parte.

Hemos, pues, de volver nuestras miradas a esta virtuosa joven, cuyo espíritu interior y recogido tanto contrastaba ya entonces con la disipación de nuestra época, y tanto más hermoso de volver a ella cuanto fue su suma trascendencia lo que voy a referir.

No se asombren mis lectores si digo que Lucila se disponía por aquellos días para hacer un viaje a Castilla.

Pero hablemos claro: el viaje no era así como quiera; se trataba de un acto religioso, de una peregrinación.

Fue aquel el año de las grandes remarías y peregrinaciones. Parecía despertar aquel espíritu de fe de otros tiempos, que trasladaba pueblos y provincias enteras a lejanos países.

Fueron memorables las peregrinaciones españolas que se dirigieron al Vaticano de Roma y a los santuarios más célebres de España.

Abríase el corazón a las más bellas esperanzas, y se llenaba el alma de consuelo al presenciar o leer la interesante relación de aquellas imponentes manifestaciones de la fe católica que consiguieron hacer rugir al infierno.

Eran aquellas cruzadas de la oración, revistiendo el carácter de nuestros tiempos; cruzadas que bendecidas y alentadas por el Vicario de Jesucristo, y presididas por los obispos, eran compuestas de personas de todas las clases y condiciones, edades y sexos.

El Pilar, Montserrat, Covadonga, Santiago, Begoña, Alba de Tormes y otros cien nombres gloriosos recuerdan las grandiosas exposiciones de la piedad española en aquel tiempo.

Toda Europa contempló asombrada la robustez y vitalidad de la fe de los españoles de que tan brillantes pruebas estaba dando.

Aunque no fue de las más numerosos, llamó sin embargo no poco la atención por lo piadosa y edificante, y por otras circunstancias especiales, la peregrinación teresiana, que tuvo por objeto visitar la cuna y el sepulcro de santa Teresa de Jesús.

Entre os peregrinos de esta romería iba Lucila. Atravesando Valencia y Castilla la vieron muchos de mis lectores, tan modesta y encantadora como siempre.

Sin necesidad de encarecimientos supondrán mis lectores la imponderable alegría de que estaba lleno el corazón de Lucila, tratándose de ir a visitar lugares tan santos y memorables, muy en partículas para su corazón, apasionado por todo lo de santa Teresa.

La idea de que muy pronto le sería dado venerar el sepulcro y ver el seráfico corazón de su santa Madre, la tenían como arrobada ya antes de emprender el viaje.

Satisfechos se hallaban también por su parte D. José y Amelia viendo a Lucila hacer los preparativos de la peregrinación, y contentos de poder proporcionar este gusto, acaso el

último que se permitiría en el siglo, a quien gustosa sacrificaba todos los suyos en obsequio de los demás.

El bondadoso padre no pudo sin embargo contener una lágrima al despedirse de su hija en el andén de la estación del ferrocarril. Amelia, que hacía mucho tiempo no había llorado sino de alegría, sintió también los ojos humedecidos por las lágrimas.

Sería excesivamente prolijo referir aquí lo que el corazón de la virtuosa joven sintió durante el viaje en compañía de delicadas jóvenes que formaban el núcleo de la peregrinación, y que unidas estrechamente todas ellas por un vehemente y apasionado amor a santa Teresa de Jesús, se hubiera dicho que no tenían sino un mismo corazón.

Al visitar en Ávila la casa donde la Santa había nacido y el convento de la Encarnación en donde vistió el hábito de Religiosa, al ver y contemplar estos sitios tan llenos de la memoria de su santa Madre, tan empapados de su celestial aliento, ya le parecía que todo aquello era demasiada felicidad para Lucila, y de buena gana se hubiera quedado allí para siempre.

Pero ¿Quién podría decir lo que pasó por el corazón de la piadosa peregrina al llegar a Alba de Tormes? Horas y más horas se la vio postrada junto al verdadero serafín del serafín del Carmelo y a los pies de su sepulcro venerando, de suerte que sus amigas hasta dudaron si había cerrado sus ojos al sueño durante los días que permanecieron en aquella población.

- ¿Pero podrá saberse qué es lo que haces aquí tanto tiempo? Le preguntó cariñosamente una buena amiga.

- ¿Pues no sabes (contestó) que tenemos muchas cosas que decirnos mi querida Madre y yo?

Santas inspiraciones iba a recoger en aquel venturoso sito en cambio de los fervientes votos que ella depositaría.

Habló con las santas religiosas que habitan aquel convento, y al preguntarle a Lucila si quería quedarse allí con ellas, sólo supo suspirar.

- ¡Qué dicha sería la mía, dijo para sí, si pudiera vivir como esas vírgenes afortunadas cabe esa bendita y olorosa celda en donde murió mi querido y santa Madre, y no lejos de su sepulcro y de su corazón.

Aquellas espléndidas y devotísimas funciones que se celebraron en la basílica, durante las cuales los cuatro insignes Obispos que presidieron la peregrinación, todos ellos notables oradores, dirigieron sucesivamente su autorizada palabra a los peregrinos; aquellas fervorosas e interminables Comuniones en donde se traslucía la fe más viva y la piedad más ardiente; aquellos cantos entonados con ese entusiasmo que nace del alma por la muchedumbre de los peregrinos; aquellas procesiones que jamás olvidarán cuantos a ellas asistieron, especialmente la que se organizó en las amenas orillas del Tormes, cuyos limpios raudales parecieron asombrarse al reflejar tan grandioso espectáculo; todo aquello llenó la medida de los deseos y esperanzas acariciadas por el alma de Lucila. Las lágrimas que bañaron muchas veces sus azules y hermosos ojos, venían a denunciar lo que pasaba en su corazón.

Al regresar de Alba quedóse Lucila, juntamente con sus amigas y gran número de peregrinos, en una nobilísima y antigua ciudad con el objeto de visitar los célebres monumentos religiosos que encerraba. Pero el lugar en donde más largos ratos pasó la virtuosa joven y en donde se sentía como poseída de un poderoso y misterioso encanto, del cual apenas si podía desprenderse, fue un convento de Camellitas Descalzas, fundado y habitado algún tiempo por santa Teresa.

Aquellas Religiosas, hijas verdaderas de la seráfica Doctora, conocieron muy pronto todo el valor de aquella alma, destinada por Dios para gozar en la tierra de su íntimo e inefable trato.

Por otra parte Lucila no tardó en descubrir y adivinar en aquellas Religiosas, al lado de los tesoros de santidad, delicadeza y afecto que en otros conventos habían descubierto, algo que sin advertirlo la atraía y la arrastraba con una violencia, que nunca como entonces había advertido.

Al preguntar Lucila por el número de Religiosa que allí había, fué contestado que sólo quedaba una vacante, pero vacante que esperaban se llenaría muy pronto.

- ¿Dichosa quién la llene! Exclamó Lucila por lo bajo.

- ¿Y por qué no puede ser V. la dichosa? Repuso sonriendo una joven y discreta religiosa.

Lucila se quedó pensativa. "¿Por qué no? ¿Por qué no?" se interrogaba ella a sí misma.

Y con la imaginación se dirigía a su casa, lo preguntaba a su padre y a su hermana, se dirigía a aquel convento de Carmelitas donde a la sazón no había ninguna vacante, y después acababa por pensar en sí misma, en su vocación y en los sublimes destinos de su alma.

Las Religiosas que guardaban también el más profundo silencio, adivinaban que algo grave pasaba en el corazón de la joven. Después de algunos momentos la joven Religiosa de antes preguntóle:

- Vamos, ¿qué contesta V.?

En este mismo momento se presentaba en el locutorio el señor Obispo de la diócesis.

Después de los saludos y reverentes atenciones que en tales casos se acostumbra, el Prelado, al dar a besar su anillo a Lucila.

- ¿Hola! exclamó. Aquí tenemos una peregrina catalana. Bien, hija mía.

- ¿No sabe S. S. I. que casi se queda con nosotras? añadió la Madre priora.

- ¡Si yo pudiera! Exclamó Lucila suspirando.

El señor Obispo, lleno de bondad y deferencia, díjole que si aquella era una verdadera y probada vocación, vería aquella resolución con mucho agrado, añadiendo que estaba dispuesto con este motivo a dispensarle cualquier favor.

La modesta joven expuso sencillamente los inconvenientes que podrían haber por parte de su padres y de Amelia, su hermana.

De poca monta se estimaron estos inconvenientes, y después de tratar este asunto, se determinó que el señor Obispo telegrafiaría a su padre, suplicándole concediera a Lucila el permiso para entrar en dicho convento, contando también con el beneplácito de la hermana.

Todo aquello le pareció a Lucila un sueño muy hermoso, pero irrealizable. Por otra parte, le parecía todo tan naturalmente sucedido, tan ajeno todo a la premeditación de los hombres, que empezaba ya a creer si allí estaba la mano del Señor.

Entre tanto la virtuosa joven encaminaba todas sus oraciones a rogar al Señor que entonces como siempre se cumpliera solamente su divina voluntad.

La contestación de D. José no se hizo esperar. El contenido fue: que tanto él como Amelia, su hija, consideraban todo aquello como una cosa providencial, y que por lo tanto, no podían menos de aprobar la resolución de Lucila. Añadía que dentro de algunas semanas pensaba ir a verla.

Los peregrinos catalanes y valencianos al hallarse a la mañana siguiente en la estación del ferrocarril preguntaban por Lucila a sus amigas.

- Lucila (contestaron) se queda aquí en el convento de las Carmelitas. Santa Teresa no la deja salir de su país, porque quiere que sea ella el recuerdo viviente de la primera y devotísima peregrinación teresiana.

J. A. y A.

(Se continuará).

TODO POR JESÚS Y SU TERESA.

PROLOGO

LA MALVA Y EL JARDINERO.

Malva. Qué mal te hago, jardinero,
Para que así me persigas?
Soy buena...

Jardinero. Por más que digas,
Yo en el jardín no te quiero;
Que al lado de bellas flores
De tan brillantes colores,
Tu humilde facha sería
Una grande anomalía.

Malva. Poseo virtudes mil
Y al enfermo doy salud.

Jardinero. Falta no hace tu virtud
Para adornar el pénsil.

Malva. La dalia, camelia y tantas
Otras inútiles plantas

Que tú mucho cuidarás,
 ¿Valen más que yo quizás?
Jardinero. ¿Y yo busco por ventura
 Servicios en una flor?
 Para mi tienen valor
 Las que tienen hermosura.
Malva. ¡Cómo que me arrancas por fin!
Jardinero. Sería de un gusto raro,
 Cuando otra cosa no hiciera.
 A fuera la ruin, a fuera.

 Nuestro siglo es el jardín,
 Y el jardinero ignorante;
 La audacia una flor brillante,
 La virtud, la malva ruin.

(De la Voz dominicana).

CERTAMEN.

TERCER CERTAMEN DE LA MUERTE DE SANTA TERESA DE JESÚS.

(15 de Octubre de 1882)

Tenemos ya otro nuevo premio debido a la generosidad de unas buenas personas, amantes en extremo de las glorias de nuestra santa Doctora.

Esperamos tan solo aviso del excelentísimo señor Obispo de Salamanca para poder ofrecer el cuadro completo de premios y temas.

E. de O

REVISTA DE LOS INTERESES DE SANTA TERESA DE JESÚS

Un amigo nuestro muy querido, amante en extremo de las glorias de nuestra Santa, nos escribe lo siguiente:

Sr. D. Juan B. Altés, Pbro.

Mi buen amigo: *¿Un ramo de violetas!* He aquí el precioso obsequio que he recibido de V., y con cuyo aroma me recreo. Ya no sé cuantas vueltas di al místico ramo, y la última emanación se me antoja la más pura. ¿Y cómo no, si sus violetas están refrescadas por las brisas de Marzo, cuyo suave aliento inspira el excelso Patriarca y Señor mío san José?

A El debe V. que le manifieste mi agradecimiento, ofreciéndole una humilde florcilla, cortada sin duda de la varita de Santo. Hace tiempo que barruntaba enviársela, pero como temía ajarla en mis rústicas manos no me resolví, hasta que V. me ha obligado, con esa figura que le distingue y que no puede menos de excitar en mi corazón la más tierna gratitud. En pago de su regalo, ¿aceptará V. una modesta *siempreviva*? ¿Sí? Pues ahí la tiene V. Hace seis meses que me la regalaron en el convento de Santa Teresa de Valladolid.

¡Valladolid! ¡La cuarta fundación de santa Teresa! Hay allí uno de los más lindos palomarcitos de la santa Madre. Allí se cobija un grupo de angelicales vírgenes que vuelan, en alas del blanco manto carmelitano, a la más encumbrada perfección. Allí fue a anidar una palomita nacida no lejos de las márgenes del Ebro y de la histórica *Dertusa*, que entró, pasó su noviciado, y por fin profesó en Septiembre último con gran gozo de su alma.

El recuerdo de este sublime acto que tuve el gusto de presenciar es la mística *siempreviva* que le presento, para que si no lo desmerece la plante en el frondoso vergel de la *Revista*, pero en un rinconcito para que se le pegue algo de sus hermosísimas cuanto modestas *violetas*.

Voy a citar a V. algunos detalles que no dejaron de entretener mi curiosidad. La religiosa es sobrina del malogrado arzobispo de Tarragona Sr. Costa y Borrás. Por una ocurrencia imprevista hizo sus votos en la capilla que fue celda de santa Teresa, cantó la misa de

profesión un hermano suyo y fue madrina una hermana. El orador fue un venerable sacerdote catedrático de Teología, quien supo cautivar al auditorio presentando en su verdadero colorido la vida religiosa como un sacrificio de amor, desarrollando sabiamente el lema *Diliges* del escudo de armas del venerable Prelado, a cuyo esmero en la educación de la recién profesada se debió sin duda la gracia de la vocación religiosa.

No puedo explicar las escenas de júbilo y satisfacción purísima que allí se presenciaron. Nada digo de la asistencia de muchos señores capitulares, Padres de la Compañía de Jesús y otras distinguidas personas, que contribuyeron al mayor esplendor: todo es pequeño comparado con la explosión de santa alegría que reina en aquella santa Casa, sin perjuicio del orden más exacto y de la más rigurosa observancia.

Por mi parte, gracias a la bondad de las Madres, pude ocupar un lugar preferente que no merezco, y verlo todo desde muy cerca. Me entusiasmaba el esplendor del culto, me admiraba la riqueza de los ornamentos, y me extasiaba la majestad del canto y la hermosura de las flores que adornaban el altar, que me aseguraron ser obra de la nueva monja en gran parte.

Nunca olvidaré aquel *Suscipe me, Domine, secundum eloquium jun et vivam, et non confundas me ab expectacione mea*, entonado con firme voz por la nueva esposa de Jesucristo, que compendaba todas las bellezas del celestial desposorio.

Después vi a la reina de la fiesta, y recibí de la Comunidad atenciones que agradeceré toda mi vida. Para hacerlas públicas, y para que los amantes de las glorias del Carmelo sepan que en sus conventos siguen celebrándose estas humildes ceremonias llenas de poesía, en medio de su encantadora sencillez, me atrevo a comunicarlas a V., rogándole me dispense si mi modesta flor no es tan aromática ni tan bella como su delicado ramillete.

Colóquela a la calladita a los pies del santo Patriarca, para que le de un poco del místico aroma de la odorífera esencial que despiden sus varitas excelsas.

Así se lo pide este su affmo. Amigo, S. S. y capellán Q. B. S. M.

Un peregrino de Alba de Tormes.

Con gusto leerán nuestros lectores la carta que desde Miravet nos escribe la Hermana mayor de aquellas teresianas.

Miravet 14 de Marzo de 1881.

Muy señor mío y de mi más distinguida consideración: Obligada por la santa obediencia, y deseosa como la que más de trabajar por la gloria de mi querida Madre santa Teresa de Jesús, acepté cuando su instalación el honroso cargo de hermana mayor de la Archicofradía teresiana de esta población y desde entonces puedo decir que estamos viendo un continuo milagro en todas las jóvenes teresianas, que somos cerca de doscientas, con más el rebañito, que se compone de sesenta niñas, tan animosas como V. verá. Y este milagro que estamos viendo con nuestros propios ojos, por la mediación del santo Patriarca y Señor san José, que visiblemente cumple lo que tanto encarece nuestra seráfica Madre, se ha hecho extensivo a toda la población en general. Es público y notorio hasta para los pueblos vecinos, que son testigos del camino tan grande que actualmente presenciarnos, y no hay necesidad de pruebas pero lo que más me ha movido a dirigir a V. estos mal trazados renglones ha sido un hecho que dejará imperecedera memoria en la población de Miravet.

Con motivo de la incesante emigración de algunas familias necesitadas, que marchan este año y luego al cabo de una temporada regresan, luego vuelven a marchar, y así sucesivamente, sin reparar las más veces las malas relaciones que en sus ausencias contraen, empezó a cundir la mala voz de que venían unos protestantes para predicar en la plaza. Sin saber como, se repartían libritos de su propaganda, evangelios y no evangelios, estampas y cuadernillos de lo más soez, hasta que por fin estalló la tempestad desde antes anunciada. Ya nos había prevenido nuestro celosísimo señor Director, en particular en Junta general, a más de veinte jóvenes teresianas, y hasta desde el púlpito, y por desgracia se cumplió lo anunciado a pesar de sus precauciones y temores. La primera noche que predicaron, un pastor, auxiliado de la pastora, o más bien diré dos renegados de la católica, cabalmente se hallaba en Mora de Ebro, ayudando a la santa Misión, el que más nos podía consolar, y tal vez fue mejor que estuviese ausente para poder dar lugar al tiempo y obrar con más serenidad; lo cierto es que, sea por curiosidad, sea por seducción, el jueves 10 de Marzo, viernes y sábado por la noche, se multiplicaba el número de curiosos a medida que se repetían los sermones; figúrese V. cuán oprimido se hallaría nuestro corazón. El mal cundía y la mala semilla se arrojaba con profusión; llegó por fin el domingo segundo de Cuaresma, ¡mañana venturosa! ¡día, por cierto, para

siempre feliz, pues en él se dio la primera batalla, que gracias al santo Patriarca, pudo decirle con toda verdad fue decisiva!

Mientras dura la Misa primera suele el señor Rector leer o predicarnos algún sermón, y en ese día leía el del juicio particular; al hacer las advertencias de la semana entrante al tiempo del ofertorio, estaba yo impaciente como esperando alguna novedad; el silencio era sepulcral, no obstante hallarse la Iglesia atestada; la atención y recogimiento de todos cual podía desearse, cuando oí de repente cambiada la voz de nuestro Pastor: "Lo más importante de esta semana es la fiesta del santo Patriarca, que este año debemos celebrar con la mayor solemnidad posible para desagraviarle de los insultos que vosotros mismos habéis oído. ¡Dios mío! ¿es posible que vosotros hayáis escuchado al pastor protestante? ¡Vosotros que tanta fama habéis sabido adquirir; vosotros que os distinguisteis cuando la santa Visita del señor Obispo, ¿todo así lo habéis perdido en estas noches? El pueblo de Miravet era entonces envidiado de los pueblos comarcanos, y estos días hombres y mujeres, ancianos y niños olvidados de vuestras glorias, y de las promesas hechas en el santo bautismo, y de nuevo reiteradas tantas veces, habéis ido a oír blasfemar contra la Virgen de Gracia, que es la joya de Miravet; contra las santas Reliquias, que son todo vuestro tesoro; contra la santa Reliquia, que heredasteis de vuestros antepasados, y contra vuestro Párroco, dispuesto siempre a morir por vosotros. Decidme: ¿Tenéis ninguna queja de mí? ¿Os he dado motivo para darme este disgusto...?" No puedo decirle a V. lo que pasó en aquellos momentos: un llanto general así de hombres como de mujeres contestó a las justas y sentidos quejas de nuestro Pastor. La protesta de fe que acto continuo nos hizo contestar, y la lectura de las dos primeras proposiciones de la Encíclica *Apostolicae Sedis*, cosas que nunca habíamos oído mentar, acabaron de trastornar de tal manera los ánimos, que ya no sabíamos darnos cuenta de lo que nos pasaba. "No me contento con esas abundantes lágrimas, añadió, quiero que me presentéis todos los libros que habéis recibido, y esta tarde con vuestra asistencia a la iglesia manifestéis a la faz del mundo que habéis sido engañados." Llegó la tarde, y después de llenita la iglesia empiezan a entrar hombres y más hombres, hasta que por fin llegó una multitud de alfareros que al oír la campana se dejaron las cargas que arreglaron para la mañana siguiente, llenos todavía de polvo. Para abreviar le diré a V. que el pastor y la pastora, gracias a Dios, se han quedado solos con las dos o tres personas que en mal hora les enseñaron el camino de Miravet. Las calles estaban sembradas de pedazos de libros protestantes, y los corazones de todos cambiados y ansiosos de que llegue el día de san José. Mientras tanto, para darle cuenta del resultado, queda de V. a tanta y S. S. Q. B. S. M.

Teresa Presculi.

Vean a continuación nuestros lectores la carta en que se nos describe la fiesta del santo Patriarca, fiesta que podemos llamar un verdadero triunfo:

Muy señor mío: En mi última le ofrecí alguna noticia sobre la fiesta del santo patriarca y señor san José, y allá van estas líneas en cumplimiento de mi promesa.

Empezaré diciendo a V. que todo el vecindario se interesó en ella como si fuera la fiesta mayor de la población; en la víspera del santo Patriarca gran número de vecinos de este pueblo se hallaba concentrado ya haciendo su examen de conciencia para hacer en la mañana siguiente una buena confesión, y tal andaría el mareo, que a las dos de la madrugada ya teníamos a nuestro infatigable Párroco siendo en el confesionario por una multitud de hombres, que silenciosos aguardaban el turno. Vinieron luego dos sacerdotes más, y entre seis y siete se daba la sagrada Comunión a unas noventa personas, entre ellas setenta hombres, y a las diez de la mañana se distribuyó el Pan eucarístico a cerca doscientas personas; esta vez nos ganaron en número los hombres. Haga el santo Patriarca que en esta parte salgamos siempre vencidas. Amen.

Mientras se acercaba la hora de la Misa mayor varios jóvenes recorrieron las calles de la población con el pendón de san José, precedidos de la banda de música del pueblo, felicitando a todos los Josés y dando vítores al Santo. A las diez la plaza de la villa se hallaba materialmente atestada de la multitud, que aguardaba ansiosa a la ilustre Corporación municipal, que había de presidir la fiesta. Los niños de la escuela guiados por su digno y muy religioso Maestro, todos limpios, aseaditos, peinados y con su vela encendida, formaban la escolta del hermoso pendón. Al presentarse las dignas Autoridades, el intrépido señor Rector dio un viva a la religión católica y otro al santo Patriarca, que fueron calurosamente contestados por la multitud, y después del canto *Firme la voz*, tan popular ya en España, se dirigió la procesión hacia la Iglesia.

Al llegar frente al Colegio de niñas nos esperaba otra agradable sorpresa. Las señora Maestra, muy celosa también de obsequiar al santo Patriarca y de cooperar por su parte al mayor realce de la fiesta, tenía preparadas ya las niñas en dos largas hilera, con su pendón del Niño Jesús, patrón del Rebañito, y después de cantar la marcha Real: *La Virgen María es nuestra protectora...* y otros cantos: *A Jesús nuestro hermanito...* y un ¡viva al Niño Jesús! se incorporaron en la procesión, que por lo muy numerosa difícilmente pudo contener la Iglesia.

Yo no sabré explicar a V. las impresiones que recibió mi corazón durante toda la Misa; a medida que se adelantaba, paréceme que se ponía más risueña la cara del santo Patriarca, que resplandecía entre la multitud de velas que iluminaban el altar mayor, y como si animase a todas las teresianas a trabajar por su honra, a volver por su honor, y a imitación de nuestra seráfica Madre a propagar su devoción.

El sermón estuvo a cargo del señor Rector, y como la función, según le dije a V. se hacía para desagaviar al Santo a causa de algunas blasfemias que vomitó un ruin protestante, como le llamaba nuestra graciosa Castellana, los puntos más interesantes, después de hacer resaltar las virtudes del santo Patriarca, se dirigieron principalmente a pulverizar los errores del hereje, que en mal hora vino a ensuciar nuestro pueblo.

El pueblo salió de la función conmovido, haciendo miles de protestas y actos de adhesión a nuestra verdadera fe. Jamás se borrarán de nuestros corazones y de nuestras almas las impresiones que recibió este día.

EJERCICIOS ESPIRITUALES

DE LAS HIJAS DE MARÍA INMACULADA Y SANTA TERESA DE JESÚS DE TORTOSA.

Por octava vez, desde su instalación, han practicado las jóvenes asociadas a la Archicofradía teresiana de es ciudad, ejercicios espirituales. Todos los años, por la misericordia de Dios, han sido abundante su fruto; pero en el presente puede decirse que copiosísimo.

No voy a describirlos exactamente ni extensamente, porque además que no acertaría a hacerlo, los lectores de la *Revista* saben muy bien qué actos tienen lugar en estos días exclusivamente consagrados a Dios y a nuestras almas. Basta decir que los temas de las meditaciones y pláticas, están escogidos, a cual más oportuno, del libro d ejercicios de san Ignacio de Loyola y de las obras de santa Teresa de Jesús, fueron desarrollados por el sabio y virtuoso Padre Rector del Colegio de Jesús, bajo cuya dirección se han hecho estos santos ejercicios.

El acto de preparación se hizo en la tarde del lunes, 7 de Marzo, y continuaron hasta el próximo Domingo, segundo de mes.

Este último día será de eterna memoria para a las jóvenes teresianas tortosinas; todo en él fue solemne y majestuoso. Por la mañana a las siete y media celebró el mismo Director la misa de Comunión general, asistido de los PP. Ribera y Ferreres, hermanos respectivos de la Vice-Hermana mayor y Tesorera de la Junta directiva de la Archicofradía. El P. de La Rua hizo la plática preparatoria; su entusiasta y ardorosa palabra conmovió tan tiernamente a aquellos corazones ávidos de recibir el Pan eucarístico, que se derramaron más lágrimas en aquel momento que en la noche que se meditó y se hizo la preparación a la muerte.

Por la tarde asistió el ilustrísimo señor Obispo; principiósse la función con exposición de Su Divina Majestad, se cantó un bellísimo Trisagio por un coro de jovencitas teresianas, acompañadas del armonium; hizose el cuarto de hora de oración; y en tanto que el incansable Padre Rector subía al pulpito, se ejecutó, a una voz, la hermosísima melodía de la décima a la Inmaculada Concepción: *Bendita sea tu pureza*, etc. Empezó el sermón por las palabras de san Pedro en el misterio de al Transfiguración: *Señor, bien estamos aquí; si te parece hagamos tres tiendas: una para Ti, otra para Moisés y otra para Elías*. En la figura de cada una de ellas desenvolvió el Padre Director los medios que debían practicar las jóvenes para la perseverancia.

Después se cantó el *Te Deum*, y se hizo la renovación de las promesas del santo Bautismo, terminando con la bendición del Santísimo Sacramento y reserva.

Las jóvenes por su parte nada dejaron que desear; complacía en extremo verlas de todas edades y condiciones a las cinco y media de la mañana llenando la Iglesia de San Antonio, y demostrando con su puntual y constante asistencia y fervoroso recogimiento su vivo deseo de aprovecharse de los santos ejercicios. Por esto es tan grata la impresión que han

dejado aquellos en sus corazones. ¡Cuán dichosas y felices somos! Exclaman todas... ¿Nos durará?... He aquí el pensamiento que viene a contristar la dulce alegría de estos días.

Esta pregunta es comparable a la que, con suma tristeza, dirigieron los Apóstoles a Jesús en la noche de la Cena: "¿Soy yo acaso, Señor?..."

¿Acaso seré yo, Señor, la que os haga traición?

No lo permita María Inmaculada y Teresa de Jesús de ninguna de sus hijas; pero es preciso conservar este santo temor, desconfiar de nosotras y perseverar en nuestros santos propósitos, no olvidándonos de la práctica de la oración, si queremos continuar siendo felices como en estos días de bendición.

M^a de la C. B.

LA HIJA DEL SULTAN.

LEYENDA HOLANDESA.

Oíd, vosotros que estáis llenos de amor: os entonaré un cántico, un cántico de cosas grandes y bellas. La hija de un sultán, educada entre gentiles, fue al despuntar la aurora a pasearse por el parque y el jardín.

Iba reuniendo las variadas flores que veía, y se decía a sí propia: - ¿Quién ha podido hacer estas flores, y recortar con tanta gracia sus hermosas hojas? ¡Oh! ¡qué gusto tendría en saberlo! Le amo ya de todo corazón. Si supiera dónde había de encontrarle, abandonaría el reino de mi padre para seguirle.

A media noche llega Jesús, y dice: "Doncella, abre". La joven se levanta del lecho, y corre apresuradamente.

Abre la ventana y ve al buen Jesús, radiante de belleza. Le mira con ternura, y luego, inclinándose ante El, le pregunta: - ¿De dónde venís, noble y majestuoso joven? ¿Qué corazón no ardería por Vos? ¡Sois tan hermoso!

Y El: - ¡Oh, doncella! te conozco: conozco tu amor. ¿Quieres saber quien soy? Soy el que ha creado las flores.

- ¿Sois de veras, ¡oh poderoso Señor! Aquel en quien he puesto todo mi cariño? ¡Cuánto tiempo os he estado buscando! Y ahora que os halláis aquí, ya nada me detiene. Iré con Vos: que vuestra mano me conduzca donde os agrade.

- Doncella, si quieres seguirme es preciso dejarlo todo, padre, riquezas y palacio.

- Vuestra belleza es para mí más preciosa que todo. Os he elegido, os amo, nada hay en la tierra tan hermoso como vos. Permitid, pues, que os siga a donde gustéis. El corazón me ordena amaros, y quiero ser vuestra.

- Jesús tomó de la mano a la joven, que abandonó aquellos países gentiles, y atravesaron juntos los campos y los prados. Por el camino hablaban alegremente, y la doncella le preguntó su nombre.

- Admirable, respondió, es mi nombre: con su poder cura el corazón enfermo. Tu podrás leerlo en el excelso trono de mi Padre. Dame todo tu amor, conságrame tus sentidos, tu espíritu. Mi nombre es Jesús. Los que me aman lo conocen plenamente. La joven clavó en él sus tiernos ojos, y arrodillándose le juró fidelidad.

- ¿Cómo es vuestro padre, oh mi bello Esposo? Perdonadme la pregunta.

- Mi Padre es riquísimo; le obedecen la tierra y el cielo; el hombre, el sol, las estrellas le tributan homenaje; un millón de Ángeles se inclinan ante su trono, sin atreverse a levantar los ojos.

- Si vuestro padre es tan poderoso y sobre todos nosotros, Amado mío, ¿cómo es vuestra Madre?

- Jamás ha habiendo en el mundo mujer tan pura: llegó a ser madre de una manera admirable, sin cesar de ser virgen.

- ¡Oh! Si vuestra Madre es tan bella e inmaculada, ¿de qué país venís?

- Vengo del reino de mi Padre, donde todo es alegría, hermosura, virtud. Allí pasan millares de años como un día, y otros millares de años les suceden, llenos de reposo y de felicidad.

- ¡Señor! ¡qué prodigios me reveláis! Apresuremos, pues, ¡Oh Rey mío! a llegar a la mansión de vuestro Padre.

- Permanece pura y sincera, y te daré mi reino, en el que vivirás eternamente.

Continuaron su camino al través de campos y prados, y llegaron a un convento, donde quiso entrar Jesús.- ¡Ay! dijo la joven, ¿vais a abandonarme? Si no vuelvo a oír vuestra dulce voz, me consumiré continuamente.

- Aguárdame aquí; necesito entrar en esta casa.

Y en efecto entró, dejándola a la puerta. La doncella, cuando cesó de verle, derramó un amoroso llanto.

Pasó el día, vino la noche, y ella siguió esperando; pero su Amado no apareció.

Entonces, acercándose al convento, llamó y dijo: "Abridme la puerta, mi Amado está ahí."

El guardián abrió y vio aquella joven tan bella y majestuosa.

- ¿Qué queréis? Le preguntó. ¿Por qué vais tan sola? ¿Qué significan esas lágrimas? ¿Qué dolor os aflige?

- ¡Ay de mí! Aquel a quien tan tiernamente amo, me ha abandonado. Ha entrado en esta casa, y hace mucho que le aguardo. Decidle que salga y que venga hacia a mí, antes que mi corazón se despedace, porque es mi prometido.

- Hija mía, el que os dejó no ha entrado aquí: no sé quién sea vuestro amado, pues no le he visto.

- Padre, ¿por qué me lo ocultáis? Aquí está, sí: al separarse de mí me dijo: Entro en esta casa.

- Pero decidme cómo se llama, y sabré si le conozco.

- ¡Ah! No puedo decirlo: he olvidado su nombre: pero es hijo de rey, rige un inmenso imperio, tiene el vestido de color celeste, salpicado de estrellas. Su rostro es blanco y rosado, sus cabellos rubios como el oro, y todas sus acciones revelan tanta dulzura y maravilla, que en el mundo no hay nada que se le asemeje. Venía del reino de su Padre, y ahora quería llevarme a él; pero ha partido ¡ay de mí! Su Padre tiene el cetro del cielo y de la tierra, y su Madre es una virgen bellísima y castísima.

- ¡Ah! (exclamó el portero) es Jesús, nuestro Señor!

- Sí, sí, Padre mío; a Jesús es a quien amo, a quien busco.

- Pues bien; si Jesús es vuestro esposo, os le mostraré. Venid, venid; habéis llegado al término de vuestro viaje. Entrad en nuestra casa, ¡oh joven esposa! ¿De dónde venís? sin duda de país extranjero.

- Soy hija de un rey! Fui educada en medio de las grandezas, y lo abandoné todo por Aquel a quien amo.

- Hallaréis más de los que dejáis junto al que es origen de todos los bienes, de Jesús, vuestro amor. Entrad, seguid mi consejo. Yo os conduciré a Jesús; pero renunciad a todas las grandezas paganas; renunciad al cariño de vuestro padre; olvidad la patria y el gentilismo, pues que debéis ser cristiana.

- Sí, Padre; me someto a todo. Mi amor es lo que más quiero, y no hay sacrificio capaz de aterrarme.

- Entonces el fraile le enseñó la verdadera fe y la ley de Dios, y le refirió la historia de Jesús desde su nacimiento hasta su muerte. La doncella consagró su alma a Dios. Consumiase por ver a Jesús, su amado, y le aguardó mucho; pero cuando estaba próxima a morir, Jesús se le apareció.

Y tomándola suavemente de la mano, la condujo a su hermoso reino, donde ha ceñido corona de reina, disfruta de cuantos goces puede el corazón desear, y pasan por ella miles de años, cual si se tratase de un día.

C. Cantú.

¡¡ALELUYA!!

Florecido está el campo y deleitoso,
Los cielos resplandecen de alegría,
Murmullo arrullador exhala el río,
El coro de las aves armonioso
Celebra con acordes este día
Encantando la vega y valle umbrío.
También del pecho mío,
Al sentir inundado de dulzura,
Se escapan, remontándose a la altura,
Ardorosos acentos,

Que llevados en alas de los vientos
Decir quieren doquier la inmensa gloria
Del que pudo con brío y brazo fuerte
Hoy alcanzar espléndida victoria
Debelando al infierno y a la muerte.
 Vírgenes de Sión, que ayer llorosas,
Destrenzado el cabello y abatida
La frente, como flor pálida y mustia,
Arrojabais del alma dolorida
Lamentables querellas congojosas
Que el aire henchían de pavor y angustia;
Ungíos hoy de esencias olorosas,
Ornada la frente de gentiles flores,
Vestíos vuestras túnicas mejores,
Y ricas de joyeles y de encantos,
A la voz del Profeta de los llantos
Sucedan mil dulcísimos cantares,
Que recuerden la nota misteriosa
Que vibra en *el Cantar de los cantares*,
Escapada del pecho de la *Esposa*.
Ya el invierno pasó de los dolores
Y tormentos, Amado de mi alma;
Ya florecen las viñas, y la higuera
Rompe las yemas esparciendo olores;
Detrás la tempestad vino la calma,
La alondra ya anunció la primavera,
Y tú, lumbre hechicera,
Que escondiste tus luces nacaradas
Tras un velo de nieblas apiñadas,
¡Ya puedes ostentar hoy la cabeza
De esplendor coronada y de grandeza,
Alegrando nuestra alma y nuestros ojos,
En tu sacra beldad embebecidos,
Con el rico botín y los despojos
Sobre el orco y la muerte conseguidos!

 ¿Tus conquistas, oh muerte, qué se hicieron?
¿Dónde están de tu gloria las señales?
¿Quién abatió tu poder temido,
Soberbio vencedor de los mortales?
Si cual humo sutil se deshicieron
Tus proyectos, y fue en polvo cernido
Tu imperio convertido;
Si del sepulcro en la tiniebla fría
Nacer hizo la luz del medio día,
Y el fúnebre sudario convirtiera
En radiante girón de su bandera;
Si tal hizo sin armas y desnudo
Un hombre que en la cruz espiró inerte,
¡Solo un Dios inmortal hacerlo pudo!
¡Solo un Dios destruyó a la misma muerte!
También los reinos del eterno llanto,
Ululen espantadas sus legiones...
¡El sepulcro de Cristo se ve abierto
y de gloria inundados sus rincones!
En la losa sentado un ángel santo
De faz alegre y de fulgor cubierto
Guarda el antro desierto.
-“No esta aquí el que tu buscas anhelante,
Dice a la tierna y desvelada Amante:

Tórnese en regocijo tu honda pena;
Resucitó tu Amado, oh Magdalena:
De inmortal juventud y de hermosura
Virginal circundado yo le he visto:
Más que el sol que rasgó la nube oscura
Brilla puro y radiante Jesucristo.”

Y el cielo con insólita alegría
Engalánase de oro y de topacio;
La tierra se estremece de contento,
Y un himno de placer llena el espacio.
Más riqueza de olor la rosa envía;
La fuerza trocó en risa su lamento
Y el delicado viento,
Que acaricia en los huertos y jardines
Las ramas de los lirios y jazmines,
Hoy vuela a acariciar la noble palma
Que ha obtenido Jesús, rey de mi alma
Con ella al circundar su pura frente,
La frente de la iglesia fue ceñida:
¡De pié sobre la losa, eternamente
La Iglesia se alzaré, jamás vencida!

JUAN B. ALTÉS, Pbro.

Tortosa, Abril de 1881.

HECHOS EDIFICANTES

GRATA SORPRESA

Los que con cierta prevención, hija de no sé que decirme, miran a nuestra muy amada Archicofradía, quisiera que no otra cosa hicieran más que leer y releer estos *Hechos edificantes* que de vez cuando citanse en nuestra Revista, y que a la verdad no son ficciones o exageraciones del que los escribe, sino verdades muy ciertas y muy grandes; verdades que muy altamente hablan a favor de nuestra Archicofradía, ya que por los frutos debe conocerse el árbol.

Tras este preámbulo, el que después de escrito me obliga a decir: *Quien cofrade sea, que tome vela*, me place relatar un hecho, que si bien muy poca cosa es en sí, enseña lo que saben hacer las Hijas de María Inmaculada y de santa Teresa de Jesús.

Érase una noche, vigilia de un gran día, de esos días que llenan el corazón de alegría santa, de esos días que por lo mismo se esperan con ansiedad; I. Y C., hermanas, hijas de la gran Teresa, se preparaban para celebrar debidamente dicho día; mas recordando lo que dice nuestra Santa: *Las cosas de tu alma a nadie digas*, a pesar de la confianza que sabe despertar el amor fraterno no se habían comunicado el modo como deseaban, mediante consejo y permiso de sus directores, prepararse a la celebración de este día. De aquí sucedió que al llegar la media noche, momento señalado por las dos, sin haberse para ello concertado, para dar principio al gran día, dejan sus lechos, por más que asomara su cabeza la maldita consejera de la gente dormilona, la pereza; vístese con gran cautela I. para no interrumpir el sueño de C., a la que creía dormida, y... ¡oh! grata sorpresa, enciende su luz y encuentra a C. haciendo la misma, mismísima operación.

Bien podréis pensar lo que entonces harían, lo que dirían, después de rehacerse de tan inesperada sorpresa: yo sólo puedo deciros que después de culparse y disculparse, después de decir mil santas locuras a su santa Madre Teresa de Jesús, pues era su fiesta, póstranse ante ella, la felicitan y juntas hacen un ratito de oraciones, se consagran a ella y después... entréganse otra vez al descanso, llenas de alegría santa, saboreando las muy gratas emociones que sintieron, soñando con su buena Madre y con las muchas bendiciones que las alcanzara de su Jesús, de este Jesús que promete estar donde se hallen dos o tres reunidos en su nombre, de este Jesús que se complace en ver a los hermanos formando un solo corazón, una sola alma.

Está cerca, lectores amados, el día del Patrocinio de san José, día en que el Señor se ha de complacer en dispensar muchas gracias a los hombres de corazón recto. ¿Cuántos sabrán imitar a estas jovencitas? ¿quién será el que merezca recibir las primicias de las muchas gracias que en su día obtendrá el bendito Santo? A lo menos vosotras, hijas de la gran Teresa, imitad a estas vuestras hermanitas, y estoy cierto que después diréis con ellas: en verdad son estos los momentos de nuestra vida que más han complacido a nuestras almas, los que más han llenado nuestros corazones; sólo la obediencia, que agrada a dios más que los sacrificios, nos ha obligado a levantarnos de las plantas de nuestro Santo. En tan dulce momento os suplica no os olvidéis de quien en el Señor os ama.

A. P.

CRÓNICA NACIONAL.

— Llamamos encarecidamente la atención de las personas caritativas de esta ciudad y de la villa de Gracia a fin de que contribuyan del modo que les sea posible el sostenimiento de las Religiosas de la Compañía de Santa Teresa de Jesús, establecidas en dicha villa, y que con tanto celo como fruto se dedican a la educación e instrucción de las niñas, que cada día van en aumento, y cuya trasformación es evidente a cuantos se fijan en ello.

Cuatro Religiosas constantemente ocupadas en las escuelas diurnas y nocturnas, por grande que sea su celo y abnegación, es de todo punto imposible, siendo aquellas gratuitas, puedan subsistir con dos reales al día, asignación insuficientísima para una vida de continuo trabajo y llevada hasta el heroísmo en punto a privaciones. Sensible sobremanera sería que un número tan considerable de niñas, en casi su totalidad hijas de obreros pobres, hubieran de verse privadas de una educación tan sólidamente cristiana, como variadamente útil para estas, si por falta de medios de subsistencia (lo que no esperamos) se viesan las Religiosas en la necesidad de buscar en otra parte donde ejercer su celo e instrucción.

Las personas que tengan a bien favorecer con sus limosnas a las expresadas Religiosas, ya mensualmente, ya cuando lo juzguen conveniente, podrán entregarlas en Gracia, Travesera, número. 41, 2º, derecha, o en esta Administración.

— El excelentísimo e ilustrísimo señor Arzobispo de Tarragona, como Prelado metropolitano, en nombre propio y con la autorización de sus hermanos los Prelados de todas las diócesis de Cataluña, han elevado al Jefe del Estado una muy valerosa exposición-protesta contra la reposición en sus cátedras de varios profesores impíos.

— Entre la lista de premios ofrecidos para el Certamen literario ha de celebrarse la Academia de la Juventud católica de Tortosa en las fiestas de Nuestra Señora de la Cinta, figura uno ofrecido por la Archicofradía de Hijas de María Inmaculada y de santa Teresa de Jesús, bajo la siguientes condiciones: "Un pergamino de plata, dorado, con los atributos y facsímil de un autógrafo de santa Teresa de Jesús, a la leyenda que en verso castellano mejor desarrolle el siguiente tema: *Santa Teresa de Jesús fue la hija predilecta de María, y la mayor propagadora de su devoción.*

— Entre los obsequios consagrados al Patriarca san José en el pasado mes, merece ser conocido de nuestros lectores el que le tributaron los niños de las catequistas de Tortosa. Todas las tardes de los nueve días que precedieron a la fiesta del santo Patriarca se reunían en la iglesia del Seminario a la una y media, allí rezaban las oraciones propias de la novena, cantaban, acompañados por órgano, algunos cantos al santo Patriarca, al que ellos aman con delirio; se les hacía plática por la tarde, la que escuchaban con atención; y se despedían del Santo cantando los gozos. Durante los días de la novena se confesaron más de seiscientos y el último día se distribuyó a más de setecientos bonitas medallas, regalo del señor Obispo.

También la Compañía de santa Teresa de Jesús obsequio a su especialísimo protector y padre san José con brillantes cultos en el Casa-matriz de Tortosa. Por la mañana se celebró misa de comunión general, luego, después de vestir el santo Hábito tres nuevas Hermanas, se celebró Misa solemne, la que cantaron acompañadas de piano las Hermanas de la Compañía. Por la tarde, después de cantar el Trisagio, predicó el fundador de la misma Compañía, el Rdo. D. Enrique de Ossó. El último día, después de una breve, pero muy hermosa función, se verificó el tierno acto de quemar las carta peticiones que las Hermanas y otras personas

devotas había depositado en el *capacito de San José*. La pequeña capilla y atrio estaban adornados con exquisito gusto y fina elegancia.

Asimismo las reverendas Madres Carmelitas del convento de san Jesé de Jesús (Tortosa), obsequiaron a su santo Protector con muy devotos cultos. Se celebró Oficio solemne cantando por la reverenda Comunidad, y por la tarde se dio principio a la novena en obsequio del Santo.

CRÓNICA EXTRANJERA.

El día 6 del pasado Marzo su santidad león XIII recibió en la sala del Trono al patriarcado de Roma, en cuyo nombre el príncipe Altieri dirigió a Su Santidad un mensaje elocuentísimo, reiterándole la inquebrantable fidelidad de la nobleza de la ciudad eterna. El Padre Santo contestó con palabras muy sentidas y elocuentes.

— La muerte ejemplar del general Milon, ministro de la Guerra, ha sido uno de los primeros frutos de Jubileo, al que ha seguido otro hecho no menos edificante. El marqués Pepoli, senador, ha muerto en Bolonia deplorando la parte que había tomado en la revolución italiana, y fortalecido con los últimos Sacramentos. Una y otra conversión constituyen ejemplos capaces de iluminar a los extraviados enemigos de la Iglesia católica.

— El Sr. Bleichröder, opulento banquero de Berlín, y toda su familia, han manifestado su deseo de abjurar el judaísmo. Hace ya algunas semanas están preparándose para recibir el Bautismo, recibiendo las instrucciones necesarias para ello. No cabe duda que la conversión de tan poderosa familia israelita producirá gran sensación en Alemania, conmovida poco ha con la conversión de la hija del Sr. Rothschild.

— Alejandro III quiere continuar las negociaciones pendientes entre el gabinete de San Petersburgo y la Santa Sede, y desea conducir las a un feliz término.

Habiendo llegado a Roma los Sres. Massolff y Bontessieff, encargados de una misión cerca del Vaticano, el Papa enviará a San Petersburgo un Prelado encargado de felicitar al nuevo Zar y de asistir a su coronación.

Los enviados rusos hicieron ayer una visita al Cardenal Jacobini, Secretario de Estado de Su Santidad.

— Se espera que el padre Santo obtendrá la libertad del culto católico en Rusia, y que se establecerá un acuerdo para el nombramiento de Obispos y la administración de Seminarios.

— *La Correspondencia Provincial* de Berlín, órgano semi-oficial del ministro, refiriéndose a la elección de los administradores eclesiásticos de las diócesis de Paderbon y Onsbabruc, dice lo siguiente:

“El Gobierno ha allanado con hechos el camino del restablecimiento de las relaciones pacíficas entre la Iglesia y el Estado. Ha probado, no con palabras sino con hechos incontestables, su amor a la paz y su solicitud por sus súbditos católicos. La paz no ha sido aún restablecida, pero se ha dado un paso que puede ser considerado como un principio real de la pacificación.”

Bendito sea Dios, que en estos tiempos de tantos males para la Iglesia y la sociedad nos presenta algunos motivos de consuelo y alegría.

RETIRO MENSUAL.- Día 15 de Abril.

MÁXIMA.- Por el camino que fue Cristo han de ir los que le siguen, si no se quieren perder.

(Santa Teresa de Jesús).

VIRTUD.- Total rendimiento a la voluntad de Dios.

REFLEXIONES.- La vida de Jesús sobre la tierra no fue otra cosa más que cumplir la voluntad de su Padre celestial: *He venido no para hacer mi voluntad, sino la voluntad de Aquel*

que me envió; esto era su comida y su bebida, como lo dijo a sus discípulos, allá junto al pozo de Jacob; el someterse al cumplimiento de la voluntad de su divino Padre era su consuelo y su fortaleza en las mayores adversidades. *Padre*, exclama en el huerto de las Olivas, *no se haga como yo quiero, sino como Tú*; esto le dio fortaleza para subir la montaña del Calvario, *se hizo obediente hasta la muerte, y muerte de cruz*; y el cumplimiento de la voluntad de su Padre divino fue como el encargado de recoger su último suspiro, ya que clama al momento mismo de morir: *Todo está consumado*; como si dijera: Padre, cumplido he tu voluntad; como has querido, así se ha hecho. Si no quieres perderte, pues, debes ir por el camino que anduvo Jesucristo; si deseas ser muy santo debes totalmente someterte a la voluntad de Dios, ya que la voluntad de Dios *es nuestra santificación*: y en la paz y en la guerra, y en la fortuna próspera y en la adversa, y en la fortaleza y en el desaliento, y en el consuelo y en la desolación, y en el fervor y en la sequedad, debes clamar: *Sí, Padre mío, sí, alabado seas, por haber sido de tu agrado que fuese así*.

PRÁCTICA.- Conformar nuestra voluntad con la de Dios; acostumbrar decir algunas veces: Señor, hágase en mí según tu querer, cúmplase en mí tu divina voluntad.

GRACIAS

Que se pidan a santa Teresa de Jesús, y se encomiendan a las oraciones de sus devotos.

El triunfo de la Iglesia, la libertad de León XIII y la prosperidad de España. -El Colegio y Compañía de santa Teresa de Jesús, la Archicofradía y Rebañito Teresiano.- las Misiones católicas y Misioneros de santa Teresa de Jesús.- La unión verdadera de todos los católicos.- Francia, Rusia.- Las Comunidades religiosas.- las vocaciones eclesiásticas.- Un asunto de mayos gloria de Jesús y su Teresa.

LA ESPAÑA DE SANTA TERESA DE JESÚS.

SOCORRIENDO CON ORACIONES Y LIMOSNAS AL ROMANO PONTÍFICE CAUTIVO Y POBRE.

	<i>Suma anterior.....</i>	<i>853 rs.</i>
S. de C.: Santa Teresa de Jesús, bendice al inmortal Pontífice		
León XIII		12 rs
J. R.: Por Jesús, por María, por José y su Teresa salvad a		
León XIII.....		6 rs.
S. B.: Por el tercer Centenario de la muerte de mi Madre		
santa Teresa de Jesús o Jesús de Teresa, óyenos y todo lo que		
te pedimos alcánzanoslo.....		8 rs.
F. C.: Somos de Jesús, ¿qué podemos temer?.....		5 rs.
		<hr/>
TOTAL		884 rs.